

VÍA CRUCIS LÚDICO POR LOS PERSONAJES DE LA SERIE

LA CHAVALERÍA

Por fin nos movemos y empezamos a recorrer el parque. Cada escasos metros aparece una placa dedicada a un personaje de la serie, y Tito nos invita a detenernos ante ella. Esto otorga sentido a nuestro paseo, que se convierte en un vía crucis de estaciones temáticas dedicadas a los chicos y chicas de la pandilla. Un ceramista local ha pintado y cocido las baldosas en las que se representa a los distintos integrantes, con sus apodos de ficción y sus nombres reales. El primer retrato en cerámica es el de Quique, en cuyo libro de familia figura el nombre de Gerardo Garrido. Como ya hemos dicho, Quique era el personaje de perfil bajo por excelencia en la pandilla, un arquetipo poco popular en este país. Un Ortega y Gasset o un Salvador de Madariaga —señores con sombrero que trataban de entender a su manera la idiosincrasia de lo que llamamos España— muy bien le podrían haber dedicado un ensayo a lo difícil que es para personas con su

carácter ser populares en estas tierras. No así en las anglosajonas, donde el catálogo de timideces es mucho más amplio y donde mantener la cabeza gacha gran parte del tiempo, salvo para dirigirse a los demás al hablar, es una opción válida. En la época yo no me visualizaba como novia de ninguno de los chicos, pero de no haber más remedio, habría elegido a Quique, pues una conoce sus límites, y mi perfil, claramente distinto al de Bea, me hacía invisible para los Javis y Panchos del momento.

Nos cuenta Tito que, en la vida real, Quique es el hermano pequeño de Chencho, el niño del largometraje *La gran familia* (1962), al que Pepe Isbert buscaba a gritos con su voz ronca por la Plaza Mayor. El que los padres hayan colocado a uno de sus hijos en la película familiar más popular del franquismo y al otro en la serie juvenil por antonomasia de la Transición española me parece algo digno de señalar. Quique y su hermano serían, por tanto, dos de los muñecos que constituirían una hipotética matrioska de popularidad audiovisual infantil en España. ¿Fue pura casualidad? ¿Cómo se sienten en las comidas familiares los Garrido sabiendo que sus hijos, hoy probablemente convertidos a su vez en padres de familia, han representado escenas costumbristas vistas por millones de españoles?

Cuando era pequeño, nos revela Tito, Quique quería ser zapatero remendón. Su deseo infantil le llevó a montar franquicias de arreglo de calzado en una hora. Creo que el prurito de ser zapatero, para mí tan ajeno, se parece al de ser cirujano plástico: en ambos casos se quiere

reparar lo que se usa a diario. Quique deseaba arreglar lo útil para que se pudiese usar de nuevo. Pero ahora es fotógrafo y vive en Granada. Las tapas y suelas «filis» quedaron atrás en su vida.

La segunda estación del vía crucis veraniego es el mosaico dedicado a Piraña. Nos cuenta Tito que al niño Miguel Ángel Valero lo encuentra Mercero gracias a la hija de la panadera del barrio. «¿No estás buscando a un crío gordinflas para un cásting? Pues yo conozco a uno.» Es bastante probable que esa fuese la conversación entre la hija de la panadera y el director que hizo que Piraña se sumara a la aventura. Hoy, a esta misma hora, el adulto Miguel Ángel Valero estará trabajando en el departamento del Imserso que dirige, especializado en implantar tecnología para facilitar las vidas de los ancianos y discapacitados. Durante años ha sido profesor de ingeniería en la Politécnica (desconocemos lo que han estudiado nuestros primos segundos, pero sí sabemos con certeza que Piraña era ingeniero de telecomos). Quizá no por su carácter y maneras, pero sí por su formación, Piraña sería un buen representante de los JASPS de aquel anuncio de Renault Clio de 1995, en el que un jefe se sorprende de que el joven empleado de su empresa, al que «ven todas las noches en un tugurio de rockeros», vaya después a trabajar a diario. El jefe del muchacho rebelde del anuncio le canta las cuarenta así: «Como dijo Kant —aunque él lo pronuncia ‘Can’—, hay cosas que para saberlas bien, no es suficiente con haberlas aprendido». Pero resulta que era una cita de Séneca y no de Kant, según le corrige el joven jaspeado, un

muchacho guapetón, de la misma edad que Piraña en 1995, y que propone una idea de programa a KTV, la cadena de televisión ficticia donde trabaja, y afirma hablar inglés, alemán, haber terminado Historia y Periodismo y tocar el saxo por las noches. Así de listos éramos en los noventa.

Cuando le llega el turno a Desi, que fuera del plató era Cristina Torres, es inevitable que Tito nos hable también de Bea, pues son hermanas «en la vida real». La vida real es un concepto recurrente en nuestro paseo por Nerja: Tito la emplea a menudo para hacernos salir momentáneamente de la ficción ochentera en la que nos hallamos inmersos. Pero la confusión entre ambas categorías está a la orden del día en todo lo relacionado con *Verano azul*. Por algo vimos a la niña ficcional de *Cuéntame* recibir el pésame de su madre por Chanquete, a la vez que en la Nerja de la vida real colgaron la bandera a media asta el día de la muerte del marinero, tal como recuerda Piraña en una entrevista que leí en *El Confidencial*. Pues resulta que en esta vida, donde las cosas suceden sin necesidad de que alguien diga «corten» a golpe de claqueta, Desi estaba «medio buena», según nos hace saber Tito empleando esas mismas palabras. Sus gafas eran de atrezo, con cristales sin graduar, y su famosa ortodoncia también; la llevaba «porque lo exigía el guion», como las actrices que se desnudaban en tiempos del destape con cierto pudor y se veían obligadas a esgrimir esa excusa.

Qué mala suerte que le tocasen a ella esos hierros dispuestos con tino con el fin de mover dientes, de corregir lo apiñado, lo mal organizado por la naturaleza.

Y ese paladar de pega para sujetar tanto metal, un paladar que le impedía la dicción correcta de las palabras, justo durante un verano en el que Desi estaba aprendiendo a hablarle a la vida. Pero lo peor no era pronunciar con torpeza: lo peor era no poder besar en condiciones. La ortodoncia le impedía alcanzar los mismos logros televisivos que su amiga en la serie y hermana en la realidad. Como telespectadora me llegaba con fuerza la envidia de Desi a Bea, la rabia con la que deseaba que los dos conatos de hombre de la pandilla, Pancho y Javi, aprendiesen a ser hombres de verdad gracias a ella y no a la otra muchacha de pelo liso y sin aparato dental. Podemos imaginar lo que hizo Desi nada más terminar su intervención en el último capítulo: se quitó las gafas, dejó esa molesta ortodoncia en uno de los cajones donde se guardaba el atrezo, y volvió a articular palabras sin esa incómoda gangosidad. La ortodoncia era un gran invento y a la vez servía para separar a dos generaciones: la de los nacidos antes del setenta y la de aquellos que vinieron al mundo durante la Transición o en los estertores del franquismo. Los últimos comenzaban a llevar aparato corrector para prevenir futuros apiñamientos dentales. La cultura de la prevención había llegado para quedarse entre nosotros: junto con la ortodoncia, los seguros multirriesgo y la aparición en 1979 del programa televisivo titulado *Más vale prevenir* —que contaba con la asesoría del Ministerio de Sanidad—, fueron sus primeros indicios.

La Desi adulta, ya desprovista de corrector dental, hizo sólo breves apariciones en televisión; Mercero, cómo no, volvió a contar con ella en un episodio de la serie de

abogados *Turno de oficio*. Su papel era el de Asun, la novia de un joven violador que necesitaba la defensa de uno de los abogados de la serie, en concreto el apuesto Juan Luis Galiardo. Después, y siempre junto a su hermana y amiga de la pandilla de ficción, Cristina Torres estudió enfermería y ahora mismo probablemente esté de guardia en el hospital donde trabaja.

Le toca el turno a Javi, el rubio guaperas por antonomasia. Antonio Mercero lo ve en la piscina pública del barrio y lo quiere inmediatamente para la futura serie. *Verano azul* es el triunfo del casting informal: el director se da una vuelta por la zona, va a la panadería y a darse un chapuzón en los espacios en los que transcurre su vida diaria y, al ser buen observador, se topa con los futuros personajes de su obra de ficción.

Aquí Tito hace un paréntesis y nos cuenta que a él le escribían cartas las fans porque su dirección postal aparecía en la revista *Superpop*, donde yo recuerdo haber obtenido esos mismos datos de cantantes como Elsa Baeza, por ejemplo, que en aquel momento era famosa por cantar el *Credo* de la Misa Campesina nicaragüense, junto a Miguel Bosé, que entonaba el *Santo* de la liturgia. A principios de los ochenta, los famosos nacionales eran patrimonio de todos, así que no era nada raro que un apartado de una revista incluyese unos cuantos domicilios de celebridades, ni se consideraba un atentado contra su intimidad. Enseguida Tito nos confiesa su decepción: las chicas solamente le escribían para conseguir el teléfono de Pancho y Javi.

Y volviendo a este último, con Juanjo Artero no es necesario acudir a un qué-pasó-con, pues sigue presente tanto en las grandes y pequeñas pantallas como en el teatro. También pasó por *Turno de oficio*, pues Mercero adoptó a varias de sus criaturas de *Verano azul* para esa serie para adultos de finales de los ochenta. Después de haberlo visto en *El comisario*, *El barco* y *Amar es para siempre*, entre otras muchas series, ya ni surge la pregunta «¿pero este no es el de *Verano azul*?», ya que su papel de Javi queda realmente atrás en su carrera.

Seis azulejos enmarcados por una cenefa azul cobalto, muy de la tradición árabe, conforman la placa dedicada a Pancho, retratado con su frondosa cabellera. Se detecta en las baldosas la buena intención del ceramista local a quien le encargaron todo el lote, pero al mismo tiempo, e involuntariamente, las baldosas irradian una melancolía de la que no es fácil reponerse. El camino al infierno debe estar alicatado con intenciones tan buenas como las de quienes llevaron a cabo estas placas-homenaje a los chicos y chicas de la pandilla.

Pancho se llamaba José Luis Fernández, un nombre plenamente español. De adulto trabajó de doblador en programas como *Fragel Rock* y *Los caballeros del zodiaco*. «¿A que esto poca gente lo sabe?», pregunta Tito, y sostiene también, con cierta molestia en la voz, que los medios sólo querían noticias truculentas sobre su vida, de ahí que no desvelasen nunca esa información. Ahora Pancho es, dice Tito, «mleurista como yo», frase que remite inevitablemente al «Jesusito de mi vida, eres niño como yo»

que habrán rezado gran parte de los críos de los ochenta. Pues, en efecto, él se reconoce un poco Pancho en la vida exterior a la pantalla, ya que es el chico del pueblo, el que se quedó en Nerja y prosiguió allí su vida adulta. Tito refleja fielmente la idea que tenemos del español medio, sobre todo cuando tiene problemillas con el coche y se retrasa cinco minutos. Podría formar parte del cásting del anuncio de las cajas de ahorros confederadas que se emitió en 1986, que en su día se hizo viral —pero a la velocidad pausada pre-internet de entonces—. En él, aparecían representados españoles diversos, al son de la canción «Estamos con la gente, nos gusta la gente, la buena gente». Había pescadores con su uniforme oficial: el chubasquero amarillo de plástico grueso, niños jugando al fútbol, una niña con gafas de muchas dioptrías de astigmatismo, los familiares de unos novios en su boda... Me parece entrever a los niños de *Verano azul* en las imágenes borrosas que conseguí en YouTube. Rescatados de su pasado, ellos podrían ser también la buena gente a la que intentan llegar actualmente los anuncios navideños de Campofrío.

Parece casualidad que «el chico del pueblo» sea el único morenazo de la pandilla. Los demás niños son de pelo más clarito, los niños de Madrid. No sé a cuántas niñas les lavaban el pelo con champú de camomila para que parecieran más rubias y posponer así lo máximo posible el advenimiento del vulgar pelo castaño, el más extendido en estas latitudes. Yo fui víctima de esos champús, que más bien me dejaban tirando a pelirroja y daban lugar

a incómodas preguntas al respecto («¿Por qué tienes el pelo de ese color tan raro?»). La obsesión por las criaturas rubias en España venía ya de lejos: Carlos III repobló el sur de España con colonos católicos de Alemania, Suiza y Holanda, de ahí que muchas andaluzas tengan el pelo como suecas de una película de Alfredo Landa. Quizá por eso los miembros de la Familia Real tiran casi todos hacia el rubio ceniza, como si hubieran sido los elegidos en un *cásting* de altezas y monarcas de la Europa de arriba.

Ahora es cuando Tito nos pregunta a las cuarentonas y treintañeras cuál de esos dos nos gustaba más, si el rubio o el moreno. Se produce más o menos un empate técnico entre Pancho y Javi, aunque yo proporciono un toque perturbador del que me arrepiento al instante, al decir: «A mí, tu padre» (que en la serie era Manuel Tejada). El grupo finge no haber oído nada: me he arriesgado a hacer una broma fuera de lugar y obtengo un silencio incómodo como castigo. Supongo que esas mujeres cuarentonas se han sentido por un momento como las onceañeras que fueron, de modo que mi comentario les ha sonado casi delictivo, si bien estoy segura de que ahora, en la «vida real», ellas prefieren a aquel Manuel Tejada que a un adolescente con bañador de dibujos de anclas.

Me he dejado para el final a Bea —Pilar, así la llama Tito—, porque Bea es también la regla de Bea. Cada vez que le cuento a alguien que estoy escribiendo un ensayo sobre *Verano azul*, ya sea a los que vieron por primera vez la serie en el 81 o a aquellos que entraron en contacto con

ella más tarde, me advierten de que no debo olvidarme del capítulo en el que a Bea le viene la regla. ¿Qué expectativas tienen sobre lo que yo pueda comentar al respecto? ¿Qué análisis esperan de mí sobre el suceso? En primer lugar, y para facilitarme a mí y a ellos la tarea, resumiré los momentos estelares del episodio, titulado «Beatriz, mon amour». A Beatriz le gusta un rubio que no pertenece a la pandilla. Por su aspecto, podría ser Javi, pero no lo es. Se llama Rafa y, según le cuenta a sus padres, es de Madrid, cuando en realidad tiene un acento panlatinoamericano difícilmente ubicable: de hecho, en la vida real de la que nos habla Tito durante el paseo, era hijo del entonces popularísimo Kiko Ledgard, presentador de las primeras temporadas del concurso *Un, dos, tres*.

En este episodio asistimos a la lucha feroz de los miembros de la pandilla por salvaguardar su integridad. Que no entre nadie extraño jamás; los novios o novias, si han de tenerse, que sean miembros de la pandilla. Desi es la única que se posiciona como carabina y cómplice de Bea, asumiendo su papel de segundona y destrozando el mito de las mujeres que permanentemente se hacen maldades las unas a las otras por envidia. Ella sabe cuál es su misión: hacer de correo del zar y contarle a Bea lo que Rafa opina de ella, por ejemplo, que la encuentra «poco desarrollada». Es cierto: la explosión hormonal aún no se ha producido en Bea. Ella misma, por la noche y ante su espejo, simula tener las tetas grandes estirándose la camiseta al son de una musiquita melosa con arreglo de cuerdas que acompañará a Beatriz durante todas las escenas especialmente «femeninas» de este capítulo.

La noche anterior al suceso, a Bea le duele la tripa y no quiere cenar. Va a acostarse pronto. Su madre, Carmen, le pregunta: «¿Pero te duele el estómago o la tripa?», sabiendo que no es lo mismo. Si es el estómago, es que algo que comió durante el día le ha sentado mal; si es la tripa, es porque «lleváis siempre el bañador mojado», y claro, se les enfría esa zona. Todavía no sospecha nada menstrual, la madre. Pero a la mañana siguiente, vemos a Carmen llamar a la puerta del baño con urgencia. Necesita algo: específicamente compresas de dos pisos para Bea. «Agustín, Beatriz ya es mujer», le dice solemne a su marido, y otra vez vuelve a sonar esa música de la noche anterior, el himno nacional de lo empalagoso. Todos circunspectos: Tito, su padre, Bea y su madre, como si también ellos escucharan esos arreglos para cuerdas de la banda sonora. Mis tías y tíos, también circunspectos ante tamaña escena en horario de sobremesa. Yo, arrebatada, como si me hubiese tomado un sobre de Peta Zetas simbólicos, invadida por el cosquilleo y la emoción de anticipar la jugosa conversación al respecto que se produciría al día siguiente en el patio del recreo.

Ese mismo año, otra niña famosa se hacía mujer: Chabeli Iglesias. «Eras niña de largos silencios y ya me querías bien», cantaba Julio. En esta letra semánticamente incomprendible, Julio no decía nada relacionado con los dolores de tripa ni con los Tampax, pero sabíamos de qué iba eso de «ser mujer».

Tito, en cambio, sorprendido ante las declaraciones de su madre, comprende sus palabras en sentido literal y va preguntando a todos sus amigos de la pandilla:

«¿Era ayer mujer mi hermana?». Judith Butler, teórica de los estudios *queer* y de orientación de género, estaría encantada con el pequeño Tito: le diría que ni ayer ni hoy era Bea mujer, que el género sólo se representa, se escenifica para que los individuos sean legibles en la sociedad en la que viven. Y vaya si se escenifica: ¿por qué Bea va ese día a la playa vestida como si estuviera a punto de ingresar en la congregación de las Siervas de María? Una blusita con mangas de farol que no se la habíamos visto puesta en ningún otro episodio, bien abotonada hasta el cuello, y una falda de florecillas hasta los pies (con el mismo estampado que un vestido mío, segunda prueba de la homogeneidad textil española de la época).

¿Y qué pueden hacer las chicas cuando tienen la regla en la playa? Pues la actividad que va siempre emparejada con la tristeza y la melancolía: leer un libro. No es de extrañar que las campañas de comunicación que invitan a la lectura fracasen a menudo en España, si las imágenes que escapan al control del Ministerio de Cultura son de esa índole. Lo mismo le pasó al torero Fran Rivera cuando se separó de Eugenia Martínez de Irujo en 2002: los paparazzi lo encontraron triste y solo en un parque, sentado en un banco leyendo un libro, escena que los redactores de la revista en la que apareció se apresuraron a considerar clara muestra de su desánimo.

La explicación de la actitud de Bea en la playa se la dan los mayores: la regla es... pues que las chicas empiezan a sangrar cada mes y todo eso. El *eso* es que ya pueden tener hijos. Ahí ya se percatan de lo que esto implica, y otra

vez suenan los violines tristonos, y todos pasean junto a Beatriz, como dándole su más sentido pésame por la salida sin vuelta atrás de la infancia. La vida ya la empuja como un aullido interminable, que diría José Agustín Goytisolo en su poema «Palabras para Julia», y ellos se dan cuenta.

Lo igualitario sería un capítulo en el que alguno de los niños tuviera su polución nocturna —término que claramente mancha—. De ser así, ¿cuál sería la música elegida por Bernaola para comunicarlo? ¿Se informaría del suceso con ese tono circunspecto? ¿El padre le diría a la madre, «Conchi, que el niño ya es hombre»? Los guionistas de *Verano azul* optaron por una escena en la que la madre de Quique se muestra preocupada ante los cambios que experimenta su hijo (por ejemplo, el repentino interés por las chicas, que la madre descubre en una carta que le dirige Quique a su amigo y que ella le ha robado del cajón de la mesilla de noche). El padre intenta tranquilizarla: «Es natural. Cualquiera día, haciendo su cama, te encontrarás lo que te tienes que encontrar». Tenemos entonces la regla versus «lo que te tienes que encontrar», que al menos yo, a los diez años, no tenía mucha idea de qué era.

Mientras tanto, el atractivo Rafa ha conocido a otra chica y pasea con ella por la playa.